

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 22 de enero de 2020**

Texto de referencia: L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Ediciones Encuentro, Madrid 2019, pp. 37-54.

- *Ballata dell'amore vero*
- *Give me Jesus*

Gloria

Cuando uno canta, como hemos escuchado ahora, «puedes quedarte todo el mundo pero dame a Jesús», ¿está loco? ¿Es algo que se ha inventado? ¡Qué experiencia debe haber hecho el autor de este canto para llegar a darse cuenta de que uno puede tener el mundo entero pero esto no le bastaría para vivir si no tuviese a Jesús! «Por la mañana cuando me levanto dame a Jesús». ¿Cómo podemos llegar a tener esta autoconciencia, este modo de levantarnos por la mañana, sorprendiendo en nosotros este pensamiento? Es evidente: solo si sucede algo en nuestra vida que nos haga percibir tan familiar una Presencia como para generar un yo que no puede hacer otra cosa, cuando se despierta por la mañana, que pensar en Él. Pero para que esto suceda no basta «hablar» del cristianismo como acontecimiento, reduciéndolo a una categoría abstracta –una tentación en la que podemos caer muchas veces–. Es necesario hacer experiencia del cristianismo como acontecimiento. ¡Esto es lo que le sucede a quien se enamora, porque vive una experiencia que invade su vida por entero! Como hemos visto en las páginas de *Crear huellas*, «para que se le pudiera reconocer Dios [el Misterio] entró en la vida del hombre como un hombre [...], de modo que el pensamiento y la capacidad imaginativa y afectiva del hombre se vieron como “bloqueados”, imantados por Él». Y continúa: «Este encuentro es lo que continuamente polariza nuestra vida, es lo que da significado y síntesis a nuestra existencia. Fuera de él no hay ninguna otra fuente de novedad en la vida». Es «algo distinto que atrae» (pp. 37-39). Una categoría abstracta no atrae tanto como la persona amada. ¡La categoría «amor» no atrae tanto como la persona amada!

Por lo tanto, para poder entender verdaderamente lo que estamos afrontando hoy –cómo nace la fe, de qué modo la fe forma parte del acontecimiento cristiano– tiene que suceder el acontecimiento de Cristo, de lo contrario la fe es algo que se añade desde fuera, no nace de nuestras entrañas como respuesta al acontecimiento. Giussani habla de «choque con algo irreductiblemente distinto» y de «algo distinto que atrae». A propósito de esto, leo la contribución de una persona que vive lejos y no podía estar aquí esta noche:

«En este último año –como les sucede a todos los padres y madres– mi marido y yo hemos experimentado una especie de vértigo por nuestros hijos, pero especialmente al ver al mayor afrontar la vida en el paso del bachillerato a la universidad, en las amistades, etc. Una mañana, llegaba tarde al colegio y mientras hablábamos, de repente me dice: “Finalmente he entendido que la cuestión no es hacer esto o lo otro, sino cómo hacer lo que haces. Tú, por ejemplo, eres una persona tan cierta que eres capaz de hacer cosas que normalmente darían vergüenza [para decir esto tiene que haberlo visto en acción, no es

que su madre se lo haya contado]”. Yo pensé en todos los calcetines desparejados [en todas las cosas en las que se equivoca], en mi forma de cocinar mal los domingos, cuando quiero hacerlo bien, en las mil cosas que hago entre el colegio y GS. Cuando mi hijo me dijo esto, yo me quedé sorprendida. ¿Cierta de qué? ¿Qué certeza expresa mi forma de vivir? Realmente, mi certeza no se basa en un discurso [en una categoría]. Cuando hablamos y caigo en el “discurso”, inmediatamente mi hijo me frena [¡gracias a Dios que tiene un hijo así!]. Yo estoy cierta de una relación. Cierta de una relación que me permite ser libre de lo que piensen los demás. He entendido que la única responsabilidad que tengo no es la de “pre-ocuparme” por él, sino vivir de lo que me hace libre, vivir la fe en todo, sin censuras [este es el bien de la madre para el hijo: vivir todo sin censuras partiendo de la fe] porque –aunque no me dé cuenta– mi satisfacción es más incidente que mis preocupaciones. También tengo como responsabilidad vivir la fe en relación con la autoridad, es decir, siguiendo a uno en quien el «cómo» vive muestra lo que corresponde al corazón ahora, en este mundo, con las preguntas que las circunstancias ponen delante [esta es la paternidad de la que se hablaba en la Jornada de apertura de curso]. Quería, en relación a esto, agradecer la carta que has escrito a la Fraternidad el 2 de enero. Respecto a una cierta mentalidad a la que estoy acostumbrada en el colegio, en que la prudencia suele imponerse por miedo más que por una responsabilidad educativa, la mirada que tu carta refleja sobre la circunstancia particular que vivimos recompone el yo. Es decir, realmente la circunstancia, acogida como condición no secundaria para verificar la fe, educa en una mirada verdadera, que te abre a una relación libre y verdaderamente humana. Por tanto, uno vuelve a estar cierto de que sin Cristo no podemos hacer nada, ¡pero con Él todo es nuestro!».

Dice la Escuela de comunidad: «Lo que choca y conmueve son personas, rostros, con una identidad que se muestra como más verdadera, que corresponde mejor al corazón, que no está determinada por toda la trama de factores que componen el clima social [que afecta a todos, pero libera] favorecido por el poder y que todos soportan» (p. 39). Parece que no es nada, pero lo es todo. ¿Por qué? Porque nuestra amiga documenta que al preocuparse por las cosas de todos (ser madre, ir al colegio, las circunstancias, los desafíos), vive todo de manera diferente. Esto es verdad hasta tal punto que el hijo percibe en ella una «diferencia cualitativa». Esto tendría que bastar para verificar cuántas veces hemos experimentado el cristianismo como acontecimiento: si nos vamos conmovidos por la diferencia cualitativa que hemos percibido en un hecho, en un encuentro, en una persona. ¿Cuántas veces hemos hablado de acontecimiento? ¡No se pueden ni contar! Pero, ¿cuántos de nosotros nos hemos sorprendido yéndonos conmovidos por el encuentro que hemos tenido? Aquí las estadísticas descienden, porque todos podemos hablar del acontecimiento como categoría, pero estar conmovidos ante algo que sucede es otra historia. Pero atención, uno no se conmueve porque suceda algo extraordinario: «La persona con la que nos topamos supone un “encuentro” cuando descubrimos que está comprometida de una manera diferente –una diferencia que nos atrae– con las cosas de todos, es decir, si al hablar, al comer, al beber, hace que nos resulte perceptible y ofrece a nuestra existencia una diferencia cualitativa, de tal modo que, cuando la dejamos, nos marchamos sorprendidos por el hecho de que el comer y el beber tengan un significado absoluto y que una palabra dicha en broma tenga un valor eterno». Don Giussani observa:

«¡Quién sabe hasta qué punto se quedaban sorprendidos los que veían y oían hablar a Cristo!» (p. 39). Esto no solo fue posible ante la persona física de Jesús durante su existencia terrenal, después de Jesús no «todo ha ido a peor». Hay hechos que aún a día de hoy sorprenden del mismo modo.

El pasado 23 de diciembre, el pequeño de nuestros tres hijos cumplió 18 años y organizó una fiesta en un local de nuestra zona invitando a unos cincuenta amigos del colegio y de GS. Mi mujer y yo fuimos a la fiesta en el momento de la tarta y del brindis. De repente, los chicos se pusieron a cantar canciones poco comunes para gente de su edad, acompañados a la guitarra por uno de ellos y poco después, fuera, en la plaza de enfrente, unos cuantos empezaron a entonar cantos alpinos. Para mí, todo bonito, pero normal. Normal.

«Normal», sí, les había escuchado muchas veces. En la cena, sentados en la mesa, había un grupo de personas desconocidas que acabaron involuntariamente participando de la fiesta. En un momento dado, uno de ellos, seguido del resto, vino hacia mí con una cara muy sorprendida, diciéndome muy conmovido: «¡Nunca he visto nada parecido!».

¿Veis la diferencia?

«¡Qué manera de estar juntos estos jóvenes! pero, ¿cómo lo habéis hecho los padres? ¡Me encantaría que mis hijos vivieran así!».

¿Has hecho algún tipo de *entrenamiento* para ser padre?

No, al contrario.

¿Has hecho algún curso teórico de afectividad, de psicología parental o algo parecido, como hacen muchos hoy? ¿De dónde viene esta diferencia?

¡Qué impresión cuando escuché a este hombre decirme algo así! Le respondí que nosotros no habíamos hecho nada y en una fracción de segundo me descubrí con una conmoción desmesurada, percibí que la presencia de Otro había entrado con potencia y dado sentido a aquella fiesta que antes solo era «bonita» y que después se había convertido en un encuentro con Cristo totalizador, allí, en ese preciso instante. Alguien que no conocía de nada permitió «devolver la vista» a alguien que, como yo, pensaba que lo sabía «todo». ¡Asombroso! Le dije a mi mujer: «piensa que sin el sí de don Giussani a Cristo esta fiesta ni siquiera se habría hecho, nadie podría haber experimentado este modo de vivir que genera asombro y envidia». Gracias también por tu «sí», que cada día nos ayuda a mirar todo de forma más verdadera.

Es impresionante, tienen que venir los «paganos», como vemos en el Evangelio, para que nos demos cuenta de lo que nosotros ya no vemos (porque estamos acostumbrados, porque se ha convertido en algo «normal», ya visto, habitual). Una fiesta de cumpleaños. Hemos hecho mil fiestas, pero la mayoría de las veces, para nosotros una fiesta no es ocasión de interceptar el acontecimiento. Es necesario que alguien de la fiesta te diga: «Nunca he visto nada parecido», repitiendo, sin saberlo, dos mil años después de Jesús, la frase del Evangelio que decían ante Él. Si estamos atentos a lo que sucede, podemos entender realmente el título del capítulo que estamos trabajando ahora: «La fe forma parte del acontecimiento cristiano» (p. 40). ¿Por qué? Porque siendo imantados, polarizados, conmovidos, sorprendidos, podemos llegar a reconocer, como hizo esta persona, una diferencia y podemos llegar a decir, como tú lo has hecho, que una fiesta así no podría

sucedir sin Cristo. La fe no nace de una elucubración mental. Lo que te ha hecho hacer memoria de Cristo no ha sido ir a la iglesia, recitar una oración o hacer abluciones, sino una fiesta. Como en los tiempos de Jesús: podía suceder en una boda, en un sicomoro, por el camino, en la calle. Es un acontecimiento que sucede de manera imprevista por esa excepcionalidad que revela la presencia de lo divino. Y si el hombre que te dijo esas cosas se hubiera encontrado con Jesús, habría podido decir –pero no como quien cita una frase– que ya no se habría alejado de Él. ¿Cuántas veces durante este mes nos ha sucedido esto, no querer alejarnos de alguien a quien hemos encontrado? Por esta razón, primero viene el hecho, la experiencia del hecho, y solo después podemos entender por qué la fe forma parte del acontecimiento, porque si no participásemos del acontecimiento cristiano no podríamos reconocerlo. En este punto, podemos comprender la definición: «La actitud del que se ha visto alcanzado por el acontecimiento cristiano, lo reconoce y se adhiere a él se llama “fe”» (p. 41).

Algunos amigos estuvimos estudiando juntos unos días y tuve una conversación con uno de ellos que me impactó muchísimo. Él me contaba que su hermano es ateo. Desde que se encontró con el movimiento en la universidad, este amigo intentaba llevar también a su hermano a la vida que él había conocido. Al volver de las vacaciones de Navidad, su hermano le dijo que quería ir a misa. Ante esto, nuestro amigo le preguntó: «¿Cómo es que quieres ir a misa? ¿Qué te ha pasado?». Y él le dijo: «He escuchado a un cura hablar en la universidad, tengo el deseo de ir a misa» y después, preguntó a nuestro amigo: «Pero, ¿qué es el movimiento de Comunión y Liberación?». Me impresionó porque este amigo, mientras me contaba, me decía: «Entonces yo empecé con las grandes cuestiones (el carisma de don Giussani, la Escuela de comunidad, etc.). Pero ninguno de los dos estaba entendiendo nada».

¿Veis cómo volvemos a categorías abstractas? Dios hace suceder algo y nosotros caemos en abstracciones, explicamos categorías.

Entonces, el hermano le dijo: «Mira, no estoy entendiendo nada de lo que me estás contando...».

¡Menos mal que se lo dijo!

«Pero he visto cómo estabais juntos tus amigos y tú cuando vinisteis un día a casa a desayunar».

No se necesita la explicación de la categoría «acontecimiento», el hermano ha visto algo distinto en su modo de estar juntos en el desayuno.

Si pienso en aquel desayuno, me acuerdo de que habíamos hecho un viaje de noche porque estábamos de vacaciones y, por tanto, habíamos llegado muertos, agotados del viaje, apenas conseguíamos decir dos palabras. No es que estuviésemos –como tú sueles decir– en una performance o especialmente lúcidos y, sin embargo, él vio en nosotros una vida nueva. Me ha impresionado mucho porque en la siguiente conversación que tuvimos salía a la luz lo dramático que es el hecho de desear que mi hermano, mi amigo, una persona que llevo en el corazón, puedan encontrar lo que yo he encontrado, yo deseo que el otro pueda conocer a Jesús. Y, por otra parte, es liberador reconocer que yo no lo hago suceder, pero Él se sirve de mí, sucede en mí pero no soy yo, no es una capacidad mía. En esos días de estudio esto me permitió ser libre también ante las relaciones que

tenía delante. Es decir, este hecho ha permitido que volviese a recuperar la gracia que he recibido.

En cuanto al deseo de comunicar a los demás lo que has encontrado, ¿qué has aprendido de lo que has contado? ¿Cómo se comunica?

Si pienso en...

Parte de lo que has contado, ¡no añadas nada porque te equivocarías!

No es una explicación, sino una amistad, una vida en acto que comunica.

«Una vida en acto». Se comunica viviendo, comiendo, bebiendo, incluso desayunando medio dormidos. Lo primero que os asombró es que este chico se sorprendiese de algo mientras vosotros estabais ahí como zombis; también en ese momento puede suceder algo –porque a Cristo no le interesa cómo nos sentimos–. La única cuestión es si estamos inmersos en la experiencia que nos genera y que comunica, casi a pesar de nosotros mismos, una novedad. Lo que se transmite a los demás no es nuestra *performance*, sino una diferencia –como vemos y como dice el texto, ¡atención!–, distinta de nuestras imágenes, de nuestras estrategias, y al mismo tiempo «originalmente correspondiente a las expectativas más profundas de nuestra persona» (p. 42). Precisamente porque se diferencia de nuestras imágenes, porque se comunica de un modo totalmente distinto, nos desafía. ¿Qué se necesita para estar disponibles a esta diferencia? Lo más sencillo: la sinceridad. No se necesita una *performance* o no sé qué estrategia; basta dejarnos sorprender por lo que sucede, «tener la sinceridad de reconocer, la sencillez de aceptar y el afecto para apegarse a semejante Presencia: eso es la fe» (*ibíd.*). Impresiona que don Giussani describa la fe hablando de algo tan sencillo: la sinceridad.

El sábado pasado un amigo organizó una fiesta con motivo de su 50 cumpleaños. Invité a todos los amigos que en estos últimos años han estado a su lado. Llegamos a ser muchos, en torno a 150 personas. Entre los invitados estaba un amigo mío muy querido, con el que prácticamente he crecido pero desde hace al menos diez años ha abandonado el movimiento y además, por motivos de trabajo, vive en otra ciudad. Las razones de que se haya distanciado de nuestra experiencia se debían principalmente a discusiones e incomprendiones entre los amigos de la comunidad que nunca se han sanado. Las pocas veces que le veía había una última distancia que parecía insanable. La fiesta no fue según lo que yo había previsto. Un poco desilusionado, por la noche y a la mañana siguiente pensaba en este amigo mío que había venido de fuera: «¿Qué habrá visto durante y después de la cena? ¡Una situación que no estaba “a la altura” de nuestra experiencia!». Inesperadamente, dos días más tarde, por la mañana temprano, me llamó por teléfono. Quería expresarme una profunda gratitud por la fiesta, me dijo que en estos años ha buscado y rebuscado en cualquier sitio ámbitos o amigos a la altura de su deseo de plenitud, pero nunca ha habido nada que hacer, solamente estando con nosotros la pasada noche se había chocado con una diferencia evidente que cada gesto transparentaba: sentado a la mesa con nosotros, en el canto, en el modo de servir los platos, en el modo de mirarle y de volver a acogerlo después de tantos años. Para decir al final: «Necesito estar con vosotros, me gustaría volver a empezar, no quiero perder nunca ciertas relaciones, no sé si todo esto tiene que ver con Cristo pero creo que sí». Yo me quedé de piedra. Aquella noche –en aquel intento pensado por todos con el mejor de

los propósitos pero que a mi parecer se había revelado torpe en tantos aspectos y que me había dejado con el gusto amargo en la boca—, para él había vuelto a suceder el Acontecimiento. En nuestro intento, más o menos torpe, se ha revelado la Gracia para él, y mientras me lo contaba ¡también para mí! La Gracia se sirve de todo, hasta de nuestro pobre intento, para volver a suceder. Para verla solamente se necesitan ojos necesitados y disponibles.

Nuestro torpe intento. En el fondo nosotros no sabemos hacer más que torpes intentos, pero esto es justamente lo que el Misterio utiliza para comunicar una diferencia. Ponemos de nuestra parte para intentar hacer una fiesta bonita que luego quizás parece no serlo, y uno que podría ser escéptico porque en el pasado se desilusionó —no uno nuevo que aún no sabía nada, puro, limpio, sino uno que lleva encima la costra de lo que ha visto— por la herida que tiene, percibe lo que nosotros ya no vemos. El hijo pródigo ve lo que el hijo mayor ya no ve: ¡la historia se repite! Hasta el punto de afirmar: «No sé si todo esto tiene que ver con Cristo pero creo que sí». Como veis, la fe, el reconocimiento de Cristo, surge de la experiencia, incluso partiendo de un torpe intento. Un hecho como el que has contado no podría suceder si no fuese gracias a otra cosa. Pero, a veces, en la cotidianidad, en vez de esta sinceridad (que puede tener cualquiera —incluso alguien que ha estado distanciado durante años— porque no se necesita ninguna predisposición particular), se introduce un factor extraño que impide mirar las cosas con sencillez.

Me ha impresionado que don Giussani, cuando habla de la fe como acontecimiento, utilice hasta seis veces en una página el término «extraño», indicando que nosotros introducimos factores que no tienen que ver con el acontecimiento y que nos hacen perder el contacto con la realidad. Entonces, me preguntaba: «¿Por qué insiste tanto en esta palabra, como para repetirla una y otra vez en la misma página?». Y al mirar mi vida, me he dado cuenta de que es verdad, continuamente estoy introduciendo factores extraños. Y me vinieron ejemplos a la cabeza: las relaciones más verdaderas, que estropeo cuando introduzco factores extraños; por la mañana, cuando pienso en el día y no parto de lo que sucede, me complico la vida; cuando conozco a alguien, si le reduzco a lo que tengo en mente, le pierdo inmediatamente. Entonces, pensé: «Don Giussani tiene razón, no dejo de introducir factores extraños». Pero estos factores extraños que introduzco continuamente no pueden desaparecer por arte de magia.

No desaparecen por el hecho de darse cuenta.

Exacto. También porque los veo todos. Entonces he entendido que en realidad se trata de otra cuestión, no se trata de analizar estos factores. Llevo años en el movimiento, pero eso no basta para vencer a esos factores extraños.

Menos mal, porque eso te libera, al menos, de tu moralismo.

Sí, ¡al menos de eso!

Igualmente, muchos se hacen ilusiones pensando que pueden conseguirlo con sus fuerzas, con una *performance*.

Exacto. He entendido que me preocupo por la performance, de modo que a veces no me fío de la autoridad, otras veces pienso que mi idea es mejor que la de los demás. Pero también pienso que este no es el problema.

¡Ya somos dos!

El problema es si decido hacer un trabajo sobre lo que Él introduce en mi vida. Esta es la cuestión.

¿Qué trabajo?

Tomar en serio lo que Él ha introducido en mi vida, que es más fuerte que mis factores extraños, que mis incoherencias o mis incapacidades. Esto quiere decir que hay un lugar para mí aunque sea malo, aunque sea pecador, porque siempre hay una posibilidad para mí, pero tengo que hacer un trabajo sobre lo que Él introduce en mi vida.

¿Alguien ha hecho este trabajo? ¿Alguno se ha sorprendido viendo a Cristo vencer a pesar de que hubiese introducido factores extraños en la experiencia?

En la Escuela de comunidad de nuestro grupo, una amiga, madre de un amigo nuestro que está gravemente enfermo, intervino diciendo que su hermano murió inesperadamente durante las vacaciones. Pocos días después, de nuevo inesperadamente, daban el alta a su hijo. De modo que ella se encontró en ambas situaciones (una triste, otra alegre) viviéndolas de la misma manera, como una llamada, y por tanto estaba agradecida. La amiga que lleva la Escuela le provocó: «¿Por qué ante la muerte de tu hermano no tienes reproches hacia el Señor?». Ella le respondió: «No podía reprocharle nada porque la experiencia que estoy haciendo en estos meses con mi hijo me enseña que nada nos pertenece y que hay un designio bueno para todos. No podría mirar las cosas sin pensar en esto». Yo había llegado a la Escuela de comunidad con una herida abierta, que achacaba a un hecho para mí doloroso, y sus palabras me ofrecían la clave para afrontarlo de una forma distinta a la que pensaba. Estas amigas daban una concreción desarmante a las páginas de la Escuela de comunidad (del punto 7) que a pesar de haberlas leído, no me habían dicho nada.

Esto es fundamental desde el punto de vista del método. De otra forma, nos complicamos la vida intentando entender en abstracto las palabras de la Escuela de comunidad, dándole vueltas a la cabeza sin sentido, en vez de partir de un hecho que facilita la comprensión de lo que leemos.

De hecho, aquella intervención iluminaba la insistencia de don Giussani sobre la posición «sincera y sencilla» frente al acontecimiento, en la que no se introduce nada «extraño en la relación con la realidad» (p. 43) permitiéndonos mirar las cosas con sencillez. Escuchar a esta amiga me iluminó porque muchas veces, ante un hecho que sucede, sobre todo si es un hecho que me cuesta, yo pienso que el problema es el hecho. En cambio, lo que ella decía me ayudaba a darme cuenta de que el problema no es el hecho (en su caso, la muerte de su hermano, algo muy grave), sino algo que ese hecho desvela de la posición que yo tengo. Cito a don Giussani: «La posición en la que nos encontramos nosotros frente al acontecimiento de Cristo es idéntica a la que tenía Zaqueo (...) o la viuda» (pp. 41-42). Frente al hecho que sucede yo me doy cuenta de la posición que tengo. ¿En qué se apoya mi posición? En la experiencia de un amor. «Para poder conocer hace falta tener una postura abierta, es decir, de “amor”. Sin amor no se conoce» (p. 43). Entonces pensé: ¿en qué apoyo la posición que tengo ante lo que no comprendo, ante lo que me duele o me hace daño?

Cada uno tiene que preguntarse en qué se apoya. Con esta pregunta entras en diálogo con todos.

Mi posición se apoya, o no, en una experiencia de amor y, por tanto, en un juicio. Esto es lo que he entendido: hay una posición previa en mí que se apoya, o no, en la experiencia que hago, en el juicio de ese Amor, del Bien que ha entrado en mi vida. Y cuando yo no lo tomo en consideración, entonces la rabia, la recriminación, el resentimiento... me nublan la vista y me impiden literalmente ser. Volver a descubrir que la consistencia de mi vida se basa en un juicio que se juega en cada aspecto de la vida me ha abierto un horizonte que no podía imaginar. Ante todo, me ha liberado de lo que me hería desde hacía tiempo, porque inmediatamente he podido mirarlo a la cara y juzgarlo; además, me ha permitido empezar a mirar los hechos que se me ponen delante, de cualquier naturaleza, no como algo que hay que resolver sino como aliados, porque me hacen el «favor» de desvelar la posición en la que me encuentro, que de hecho he tomado respecto al Amor que ha entrado en mi vida.

Esto es crucial: el problema no es lo que sucede, sino nuestra posición respecto a lo que sucede, porque cuando no estamos en la postura adecuada, no entendemos, dice la Escuela de comunidad. «En última instancia, solamente una apertura viva hacia el objeto que se convierta en afecto permite que este nos toque tal cual es, que nos afecte tal como es (*affici*, ser-tocado-por)» (pp. 42-44). ¿Por qué esto es crucial? Porque «los ojos de la razón ven en la medida en que los sostiene el afecto, lo que pone de manifiesto ya el juego de la libertad» (p. 44). Es impresionante: miramos la realidad de forma verdadera solo cuando estamos dominados por un afecto que nos abre la mirada, que nos hace mirar más allá del hueco de la cerradura. Y si no conseguimos abrir los ojos para ver la realidad, entonces, para intentar salir de una situación que hiere, transformamos el cristianismo en un esfuerzo titánico. Bastaría ampliar la mirada y todo sería diferente porque surgiría la naturaleza del cristianismo: «La fe forma parte del acontecimiento cristiano porque es parte de la gracia que representa el acontecimiento mismo» (p. 44). Sin el acontecimiento yo no podría tener esta mirada abierta a toda la realidad. Hemos hecho experiencia de esto. Cuando uno se enamora, la presencia de la persona amada abre la mirada a todo. Al mismo tiempo, la presencia de vosotros, los padres, amplía la mirada de vuestro hijo y todo se transforma. Este es el valor del hecho que sucede: el acontecimiento, dice Giussani, «exalta [...] la capacidad cognoscitiva de la conciencia, adecuando la agudeza de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca», impidiendo al hombre reducirla a una medida suya. Así es como Cristo vence en nosotros. «Esto es lo que se llama *la gracia de la fe*» (*Educar es un riesgo*, Ediciones Encuentro, Madrid 2012, p. 121). Tener esta apertura es una gracia; la fe posibilita que yo pueda ver. Es muy sencillo: el hermano ateo percibe algo diferente durante un desayuno, el amigo que se distanció hace años percibe una diferencia en una fiesta y reconoce que tiene que ver con Cristo. No se necesita una capacidad particular, solamente se necesita la sencillez de adherirse – este es el trabajo que hay que hacer – a lo que sucede, sin sustituirlo con estrategias, expresiones de nuestro moralismo. Simplemente se trata de pedir, de modo que la fe alcanza la cumbre a la que no llega la razón. «La fe», leemos en la Escuela de comunidad, «florece sobre el límite extremo del dinamismo racional como una flor de gracia a la que el hombre se adhiere con su libertad» (p. 46). Todas estas frases nos sonarían a chino, pasaríamos por encima de ellas sin entender mínimamente su significado si no partiésemos de la experiencia. Pero, ¿cómo florece esta flor de gracia que es la fe?

Me ha impresionado el punto de la Escuela de comunidad sobre la petición. «Así, pues, la petición brota delante de una Presencia; de otro modo la petición no es razonable» (p. 47). Me ha venido a la mente algo que me pasó poco antes de Navidad con un amigo. Le conocí en la universidad, es un compañero de curso, estudiábamos los exámenes juntos, frecuentemente en una de nuestras aulas de la universidad. Él se fijó en que esta aula estaba llena de carteles, frases cristianas por aquí y por allá y me preguntó qué significaba todo eso. Nos hicimos muy amigos y le invité a los ejercicios de universitarios. Él vino, le presenté a mis amigos y se quedó muy sorprendido. Desde que terminó la universidad, entre una cosa y otra, ya no nos habíamos vuelto a ver. Poco antes de Navidad me empezó a enviar muchísimos mensajes pidiéndome que nos viéramos. Me dijo: «Te tengo que contar algo, no lo he hablado con casi nadie, esperaba hablarlo contigo para confrontarlo con alguien». Me habló de una chica a la que conocía bien y que había intentado suicidarse. Entonces, la cuestión se desplazó hacia la pregunta: ¿qué se mantiene en pie? Discutimos un poco hasta que me dijo: «Mira, yo solo sé que nada más saber esto, me vinisteis a la mente tú y la compañía del movimiento, me gustaría que ella os conociera». ¿Qué quiere decir que la petición brota solo ante una Presencia y que de otro modo no es razonable? Significa que, por lo que él ha visto y vivido conmigo y con mis amigos, la pregunta sobre el sentido de lo que ha sucedido, sobre qué se mantiene en pie, en el fondo, cuando las circunstancias aprietan, solo podía hacérmela a mí. Pero no a mí porque sea genial, sino por la Presencia que ha visto en mí y en los del movimiento. Y, evidentemente, entiende que esta Presencia tiene que ver con la necesidad que tiene. También me sorprendió porque me hizo pensar en qué me salva a mí hoy. Cuando él me dijo: «Me vinisteis a la mente tú y la compañía del movimiento», instintivamente le contesté: «Mira, en realidad no soy yo ni la compañía del movimiento quienes podemos salvarla». Cada vez tengo más claro un juicio: lo que hace a la compañía, a las relaciones, a todas las circunstancias, “excepcionales” no son las cosas en sí, sino la posibilidad que hay dentro de todas estas cosas de poder decir Tú. Sin este Tú, el movimiento también sería una decepción: algo que te hace sentir calor humano, pero que en el fondo no trae consigo ninguna novedad y que, en realidad, no te salva. Realmente es necesario llegar a decir ese Tú, de otro modo me doy cuenta de que todo pierde consistencia y las cosas, los encuentros, pasan sin dejar huella. Para mí esto es la memoria: que yo puedo hoy, en el encuentro con las personas y en las cosas que me suceden, reconocer ese Tú, nacido hace dos mil años pero que sigue vivo aún hoy.

La dinámica racional culmina, no puede no culminar –como tú dices, si uno es leal con el impacto que provocan las cosas– en el «Tú». «Es necesario realmente llegar a decir ese Tú, de otro modo todo pierde consistencia y las cosas, los encuentros, pasan sin dejar huella». Es como si un hijo pequeño, viendo todas las cosas que su madre hace por él, nunca dijese: «mamá». Lo dice porque conecta cada cosa que le pasa, todo lo que su madre hace, con ella. Porque las cosas que hace la madre pasan, pero lo que permanece es su presencia, a la que el hijo cada vez está más unido. Si todo lo que sucede no incrementa la familiaridad con ese Tú, si no llegamos hasta ahí, no queda rastro de nada, todo desaparece. Es necesario darse cuenta de esto.

En el colegio, nuestra directora, que es del movimiento, está intentando hacer con nosotros un camino sobre las tres premisas de El sentido religioso. Hubo claustro de profesores sobre la primera de las tres premisas. A mí me daba vergüenza decir cualquier cosa. La directora llegó y empezó a hacernos preguntas, con un rostro resplandeciente, que de repente reflejaba la gratitud de haber encontrado a Cristo en su vida. Cuando la vi así, mi corazón empezó a latir a mil, como cuando tengo algo que decir y si no lo digo es que soy tonta. De hecho, inmediatamente después, conté una cosa que me había pasado el día anterior en clase a partir de la cual surgió un diálogo con mis colegas. Estuve presente en el diálogo, siendo yo misma. Me sorprendió mi inesperada libertad, llegando a contar cosas sobre mí después de haber pasado toda la mañana escondiéndome. Sucedió así solo por cómo había visto a la directora. Su cara cambiada cambió la mía, su modo de retomar conciencia de su historia me ayudó a mí a tomar conciencia de la mía. Pero lo más sorprendente es que en las horas siguientes me olvidé de todo esto, como hago casi siempre, “reseteé”. Por la noche, una amiga me envió un mail contándome un trabajo que había hecho en clase. Lo leí horas más tarde porque tenía mucho que hacer y porque me parecía que no tenía mucho que ver conmigo. Era sobre El Hobbit de Tolkien y hablaba de dos posiciones en un personaje, Bilbo Bolsón: una ante la realidad y otra ante los propios pensamientos. Cuando lo leí me dije inmediatamente: «Es exactamente lo que me ha pasado hoy». Enseguida le conté lo que había sucedido en el claustro, tomando por fin conciencia de lo que me había pasado. Lo que me ha sorprendido ha sido esto: Tú, Jesús, no solo sucedes por gracia aunque yo sea mezquina y me esconda, sino que también me das la gracia de darme cuenta de lo que me ha sucedido porque yo normalmente Te “reseteo”.

Esta es la gracia. Esta es la gracia que Él hace suceder. De otro modo, pasamos página sin darnos cuenta. Pero el encuentro, como ha descrito nuestra amiga, es el inicio de un camino. ¿Alguien ha interceptado en su vida el inicio de un camino?

Durante la jornada de venta de Huellas hicimos turnos para vender la revista en la universidad. Cuando terminé mi turno fui a clase y dejé un Huellas sobre la mesa porque, con las prisas, tenía todo en la mano. De repente, el chico que se sentaba a mi lado, intrigado al ver el título, me preguntó si podía echarle un ojo. Pensé: «No conoce CL y quizás sea lo mejor, aunque cuando se dé cuenta de que es una revista cristiana, la tirará». En cambio, al cabo de unos días le volví a ver y me preguntó si podíamos hablar. Me contó su camino de fe (viene de África, fue protestante, después escéptico y al final reconoció, gracias a ciertos hechos, que Dios actúa en su vida) y me hizo preguntas difíciles que le habían surgido leyendo el texto de la Jornada de apertura de curso (que aparecía en ese número de Huellas), de la que hizo un resumen preciso –cuando yo ni me acordaba de qué trataba–, contento de tener a alguien con quien hablar, con quien caminar. Yo estaba conmovida: mi intento había sido igual a cero –no quería venderle Huellas a él–, pero el encuentro fue pura gracia. El diálogo ha continuado estos meses. Su sinceridad y sencillez al hacerse preguntas me descolocan. Por eso quise que conociese a alguno de la comunidad y la semana pasada comí con él y con un amigo. Esta comida también fue sorprendente por la sencillez con la que preguntaba, disponible a escuchar mi experiencia y la de mi amigo. Me sorprendió que nos preguntase: «Pero

vosotros, ¿cómo hacéis para tener fe? ¿Por qué sois cristianos?». Entonces, le hablamos de nuestra experiencia y del encuentro que hemos tenido. Este hecho me sorprende porque verdaderamente me ha permitido entender que lo primero que tiene que suceder es una gracia: este acontecimiento no lo produzco yo, sino Otro, que emerge y se pone delante, incluso a través de mí. Pero esto no basta, porque sin la libertad para adherirse a esta presencia excepcional no hay fe. De hecho, el día anterior, este amigo de la comunidad nos contó que había quedado a comer con otro chico que buscaba sitio en un piso, pero nada más saber que formábamos parte de un movimiento religioso, se levantó y se fue, dejando a mi amigo con el bocadillo en la mano. Realmente es necesario que se dé un reconocimiento amoroso y la sencillez de adherirse a algo excepcional que sucede. Las preguntas que le surgían a mi compañero de clase al leer la Jornada de apertura de curso, en la relación conmigo, en la comida con este amigo, son el principio de un camino para él, pero también para mí. En la comida me contaba que quiere ser católico y que está haciendo un camino para bautizarse, pero no inmediatamente, con el tiempo, porque aún tiene muchas cosas que entender. Tenía una posición verdadera de pregunta, de búsqueda, y hasta nos preguntó si realmente creíamos, por ejemplo, que Jesús había caminado sobre las aguas... Pero todas estas preguntas le hacían mirar con sencillez lo que tenía delante (nosotros, la Jornada de apertura de curso, algunos testimonios que aparecen en Huellas n. 9/2019), buscando en cada cosa dar un paso en el camino de la fe.

Los dos ejemplos de tu intervención nos permiten entender que la libertad siempre está en juego, incluso en el momento más bonito, más impresionante, que este chico africano ha acogido, cuando parece que la libertad no se implica (como a veces pensamos). También está implicada la libertad en la reacción del otro chico, que desde el momento en que percibe que tu amigo tiene que ver con un movimiento religioso, se levanta y se va. Pero para quien se deja sorprender se abre un camino. El encuentro presente ha despertado en el joven africano el deseo, como hemos escuchado, de ser cristiano, le ha hecho comenzar un recorrido para llegar al Bautismo, no inmediatamente, sino con el tiempo, porque tiene muchas cosas que entender. ¿Qué tiene que entender? ¿Qué quiere entender? Es una urgencia justísima, ante el deseo de dar un paso tan significativo como el de recibir el Bautismo. Este es el valor del último punto de la Escuela de comunidad («Un hecho del presente, un hecho del pasado», p. 49): uno no puede tener un encuentro sin buscar entender su origen. ¿Dónde se sustentan las raíces de un encuentro presente? Este joven tiene que descubrirlo, por eso le interesa Jesús. Pero, ¿qué tiene que ver Jesús con haberte conocido a ti en la universidad? Por esta razón, si no sucede en nosotros el paso de un hecho del presente a un hecho del pasado, volverá a surgir cíclicamente la fatídica pregunta –no del último en llegar, sino también en nosotros, los que estamos aquí–: después de haber visto una novedad en la vida y todas las cosas impresionantes que nos contamos siempre, ¿por qué luego tenemos que decir «Jesús»? ¡La pregunta de siempre! Dicho de otra manera: ¿qué tiene que ver lo que estoy viviendo en el presente con Jesús, un personaje de hace dos mil años? ¿Por qué este chico tiene la urgencia de ser bautizado? Como veis, el paso del último punto del primer capítulo de la Escuela de comunidad es crucial y si no nos damos cuenta seguiremos teniendo esta pregunta. El encuentro es el inicio de un camino que nos hace volver al origen. Como Policarpo, que

al encontrarse con Juan se preguntó de dónde nacía esa diferencia y no pudo no llegar hasta el encuentro de Juan con Jesús. Giussani dice que esto vale también para nosotros ahora, como para este chico, él también quiere entender. Hay dos direcciones que describen el dinamismo del acontecimiento cristiano y tenemos que seguir ambas si queremos entender: un acontecimiento del pasado se actualiza en el presente con toda su excepcionalidad (esta es la naturaleza del acontecimiento cristiano: no se limita al pasado de hace dos mil años, como decía una de las intervenciones); y un acontecimiento presente solo puede explicarse adecuadamente mediante un acontecimiento del pasado, del que es expresión ahora. Con esta clave de comprensión podemos darnos cuenta de por qué este chico, para llegar al Bautismo con plena conciencia, tiene que empezar a entender que el significado de la vida está dentro de un acontecimiento presente que tiene toda una historia a sus espaldas y parte de un origen, de Jesús, nacido de la Virgen, de quien hemos celebrado su nacimiento en Navidad, que murió, resucitó y sigue estando presente entre nosotros. En consecuencia, no es incomprensible o abstracto pedir el Bautismo, porque el descubrimiento de la correspondencia excepcional que está experimentando solo es posible porque el Verbo se ha hecho carne. Tendrá todo el tiempo de la vida, como nosotros, para entender lo que describe Laurencio el eremita de una forma bellísima y sintética en la frase con la que termina el capítulo: «Se me dijo que todo debe acogerse sin palabras y mantenido en el silencio; entonces comprendí que quizá toda mi vida transcurriría en darme cuenta de lo que me había sucedido. Y tu recuerdo me llena de silencio».

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 26 de febrero a las 21 horas.

Durante este mes comenzaremos el segundo capítulo de «Crear huellas en la historia del mundo». Trabajaremos el primer punto: 1. EL ACONTECIMIENTO PERMANECE EN LA HISTORIA A TRAVÉS DE LA COMPAÑÍA DE LOS CREYENTES. Intentemos no pasar página, omitiendo lo que nos hemos dicho hasta ahora como si no tuviese que ver con el origen, porque la cuestión es precisamente cómo permanece en la historia ese origen, aquel acontecimiento inicial. Así, podremos entender también por qué, cuando lo vemos suceder en el presente, decimos: «Jesús». También trabajaremos el segundo punto: 2. LA LEY QUE GENERA Y RIGE EL DINAMISMO DE LA «COMPAÑÍA»: LA ELECCIÓN.

Banco Farmacéutico. Este año, con motivo de los 20 años del Banco Farmacéutico, la jornada de recogida de medicamentos durará una semana, del 4 al 10 de febrero (el día principal será el sábado 8 de febrero). El motivo de ampliar la recogida a una semana entera se debe a la necesidad de responder al crecimiento continuo de la pobreza sanitaria de familias y personas que viven en condiciones de indigencia. Se necesitan voluntarios para que estas jornadas puedan realizarse, especialmente para el sábado 8 de febrero. Podéis dar vuestra disponibilidad contactando con el Banco Farmacéutico. Toda la información se encuentra en su página web.

Durante este periodo, en Italia y en el extranjero se celebran misas para conmemorar el XXXVIII aniversario del reconocimiento de la Fraternidad y el XV aniversario de la muerte de don Giussani. Es un gesto de agradecimiento, como hemos escuchado en

diferentes intervenciones, porque habría sido imposible para nosotros darnos cuenta de qué es la fe sin la gracia dada a don Giussani. Por esta razón, creo que tenemos mucho que agradecer. Lo que hemos recibido es un don precioso. Las circunstancias que vivimos, tantas veces dramáticas, nos hacen comprender cada vez más el valor de esta gracia.

Veni Sancte Spiritus.

Buenas noches a todos.